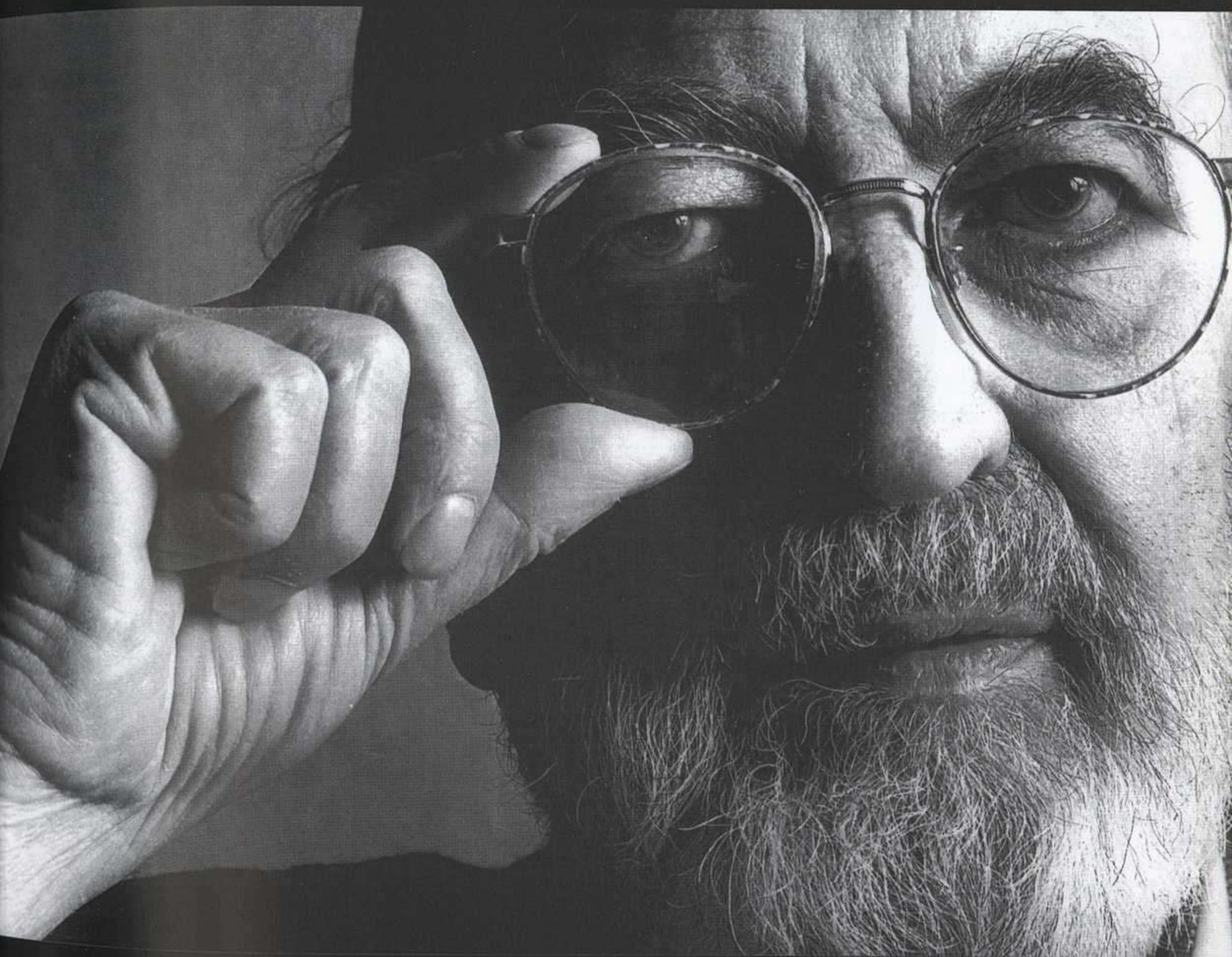


La *mirada* cordial



Alfredo Bryce Echenique
José Manuel Caballero Bonald
José Esteban
Manuel Lombardero
José Antonio Mesa Toré
Alfred Rodríguez
Paco Ignacio Taibo I
Jesús García Sánchez
Luis Antonio de Villena

VIÑETAS Ángel González

Ostras *profundamente* fritas

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE



Ángel González, Susana Rivera y Alfredo Bryce Echenique. Navidad Santa Fé (Nuevo México)

Es sumamente hermoso y alegre sentarse a pensar en Ángel González, una tarde bastante apacible de este largo verano limeño. La puerta de mi escritorio que da al jardín está abierta, la luminosidad es grande, y los altos arbustos verdes que cubren los muros de piedra se agitan contentos, allá afuera, como quien aprueba anticipadamente las cosas que tenga que decir, a medida que los recuerdos acudan a la cita placentera y amistosa.

Por supuesto que me he preguntado antes quién diablos soy yo para hablar de Ángel González. Y con qué derecho si no eres poeta ni crítico. Bueno, pero es que Ángel y yo tenemos en común nuestra gran admiración por la obra del cholo y peruanísimo César Vallejo. Y además... Y, además, qué. Pues además lo que sigue, que es lo que me dicta el viento y me susurran los verdes arbustos. Y como que me enmarcara incluso la claridad tan alegre de esta tarde tan cálida.

Y sí, sigue, continúa esto. Sigue que, evocando apenas un poquito el profundo afecto que siento por Ángel González, concluyo con tanta rapidez como certidumbre que la nues-

tra ha sido siempre una amistad llena de armonía y repleta de momentos felices. Una amistad que ha pasado por México, por los Estados Unidos, por España. Ya cumplió más de veinte años la noche aquella del Distrito Federal en que había un hombre, un poeta español, asturiano, que vivía en Nuevo México, USA, dictaba clases en la universidad de Albuquerque, y que, a medida que pasaban las horas y que a otros empezaba a doblegarlos el sueño, se iba poniendo cada vez más inteligente, más sutil, más agudo y divertido. En fin, que hacía sólo un rato que había conocido a un hombre sumamente divertido e inteligente y que, ahora, de pronto, me daba cuenta de golpe de que estaba ante un hombre sencillamente genial, allá en el Distrito Federal.

Los días aquellos de México, que varias veces se repitieron, arrancaban siempre en casa de dos grandes amigos de Ángel González, Mari Carmen y Paco Ignacio Taibo I. Por ahí llegaba yo de pura suerte, en ese tipo de situaciones en que uno descubre cuán generosa puede ser la vida a veces con uno. Luis Rius no faltaba, hasta que faltó para siempre, claro está. Y frecuentaban también esa casa feliz Pedro Ávila y Santiago Genovés. Y llegaban, como yo, de viaje literario por México, Ivonne y Carlos Barral, Pepe Esteban, Pepe Caballero Bonald y varios buenos amigos más que uno iba conociendo a medida que la casa de los Taibo se estiraba, primero, y se disparaba, luego, en mil direcciones que uno seguía feliz porque ahora tocaba la noche musical y los mariachis o los boleros de las hermanitas Navarro y la paciencia entusiasta e infatigable de Pedro Ávila en la guitarra y mi compatriota Tania Libertad, con esa voz acostumbrada a meterse a países enteros en el bolsillo.

Y por ahí hubo un centenario de la ciudad de La Paz, capital de Baja California, y de a montón cayó este grupo en medio de aquellos festejos. La fotografía que nos reúne se sitúa en una playa de onomatopéyico nombre, Pichilingüe, nada menos. Del mar salen solas, al cabo de varias margaritas, las almejas chocolatas que Carlos Barral devora con un apetito completamente inusual en este poeta. Y de aquella playa partimos también, en gigantesco Land Rover, conducido por el profesor Enrique Navas, todos los asistentes felices y cantantes. Íbamos a participar en un acto cultural. Pero el

mar se cruzó en el camino del profesor Navas y casi terminamos siendo todos juguetes de las olas, y muy poco Agustínlaramente, además. Y la vergüenza que tuvo que pasar el «peruano adherido», que era yo (todos los demás viajeros eran españoles), que, en medio de tanto mar y tanta ola y tamaño Land Rover, no encontró mejor sitio para meter la pata que un enorme cubo repleto de cubalibre que nuestro anfitrión había colocado en el suelo del vehículo aquel, como quien dice:

—¡Agua para la caballada!

Ángel González impidió que me liquidaran, como consecuencia de lo que Pepe Esteban consideraba una feliz iniciativa, y que consistía en lo siguiente:

—¿Por qué no nos deshacemos de este peruano, de una vez por todas? Yo propongo que lo ahogemos, aprovechando que estamos ya en el fondo del mar...

Terminado aquel viaje feliz, yo supe que ya podía considerarme amigo de Ángel González. Y en el próximo viaje él me dijo que un libro mío comprado en Tijuana lo había reconciliado con la novela. La suya, entendí, era una manera sumamente cariñosa, inmensamente generosa, de sellar aquella amistad con tan bello y cálido apretón de manos, en este reencuentro.

He admirado en Ángel la poesía que nombra la cotidianidad —que basta con que la nombre a su manera y arte mayor— y la vuelve de inmediato sencillamente inolvidable. Que la eleva a alturas de gracia y hondura tremendamente conmovedoras. Pero, bueno, ya me dijeron que no era ni crítico ni poeta y que me limite a mi cálida tarde limeña y veraniega y a dejar que esos verdes arbus-tos me dicten sentimientos y recuerdos por la puerta del escritorio abierta al jardín. Y aquí estoy, pues, nuevamente con Ángel, y ahora con Susy, también. Los tres estamos en Albuquerque, en 1987. Me han invitado a dictar una conferencia que llevo desde Austin, Texas, donde ando de profesor visitante, muy cuidadosamente preparada. La leo ante unos estudiantes atentos y Susy y Ángel me felicitan. He cumplido. He estado a la altura. He evitado todos los cubos de cubalibre que en el mundo han sido y serán. Y, satisfechos, los profesores del Departamento de Español me han invitado a cenar. Lo cual hacemos, sí, pero para Ángel como que ya basta de tanto protocolo USA. Y es que, por lo pronto, una camarera del restaurante le ha ofrecido unas ostras especialísimas, que él acepta con muy gustosa picardía y ese humor suyo humor que, en el acto, demolerá claustros y permitirá que

los amigos, por fin, se acerquen bien, se sientan cómodos, se reencuentren como es debido:

—Sí, señorita. Tráigame usted esas ostras *profundamente* fritas que me acaba de ofrecer.

Me pongo el abrigo al abandonar el restaurante y un buen puñado de huevos se aplastan sobre él, manchándomelo también *profundamente*. En fin, cuestión de retirarse a casa de Ángel, de olvidar el mal rato que unos imbéciles nos hacen pasar con esos huevos que arrojan desde la carretera, apretando enseguida el acelerador y desapareciendo en la noche de la carretera. Y ya incluso nos estamos riendo de todo aquello, mientras Susy pone en el tocadiscos unas rancheras formidables, cuando Ángel tiene la amabilidad de marcar en larga distancia el número de mi novia, al otro lado del Atlántico, para obsequiarme con una cariñosa conferencia telefónica. Pero como que se le borró el sentido del tiempo, en ese instante, y me presentó de la siguiente manera, a quien esperaba excelentes noticias de su novio, aunque no sin cierta inquietud y desconfianza, del tipo «Éstos-cuando-se-juntan...»:

—Y aquí te paso a Alfredo, que esta tarde dictó una conferencia en la universidad y le arrojaron huevos.

Créanme que me costó deshacer este entuerto y créanme también que, a las más profundas apreciaciones de Ángel sobre los mil temas que hemos conversado, a las siempre inteligentísimas respuestas con las que me ha informado de mil cosas o aclarado mil y una situaciones, con ese don divino y nocherniego que posee Ángel de ser cada vez más agudo, inteligente, ocu-rrente, divertido, genial, a medida que pasan las horas conversadas y vividas de nuestros encuentros siempre celebrados, hay que agregarles otras mil y una situaciones divertidas y absurdas y entrañables como ésta.

Quiero decir que la amistad con Ángel González me ha colmado siempre por su alegría, por su gracia, por su profundidad e inteligencia, por su generosidad, y porque es él uno de esos hombres para los que la vida sólo en serio nos dejaría a todos como a ostras *profundamente* fritas.

En Madrid (New México)

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD



José Manuel Caballero Bonald, Gloria Fuertes, Gabriel Celaya, José Agustín Goytisolo, Manuel Vázquez Montalban y Ángel González en Chozas de la Sierra, 1969

Ni siquiera lo había visto escrito en ningún mapa. Pero resulta que hay un Madrid por tierras de New Mexico, a medio camino entre Albuquerque y Santa Fe, al que me llevaron Susana y Ángel González una tarde de terrorífico frío. Cuando volví de allí me estuve preguntando que cómo pude escapar de aquel imprevisto azote de casi veinte grados bajo cero. Uno ya no puede permitirse ciertos dispendios de la salud y, además, tampoco está acostumbrado a que se le hiele otro sentido que el figurado de la sangre. Pero la excursión bien merecía el susto, contando sobre todo con que Ángel González suele transmitir a quienquiera que sea el ánimo irreductible de un guía de caravana, aparte de que no disfruta ni de la pinta ni de la reputación de un forastero dispuesto a tiri-

tar. Parece más bien un nuevo-mexicano oriundo de Oviedo que, en vez de traficar en pieles, se dedicó al raro negocio de acrecentar por partida doble sus aptitudes como poeta y como profesor.

Ese Madrid gélido y casi improbable es un villorrio de medio centenar de casas de madera, situado en la ruta que llevaba a California después de atravesar la aburrida película de la meseta del Colorado. O sea, algo así como un desvío del desierto entre el Far West y el Círculo Polar Ártico. No se ve por ninguna parte el sólido adobe de los indios, sino esa madera provisional de los colonos hispánicos, los mismos que abandonaron la aldea cuando ya no producía más que congelaciones. Este Madrid tenía minas de carbón y yacimientos de turquesas. Las minas se cerraron —o se agotaron— hace ya tiempo y del asunto de las turquesas no sé qué se hizo. Pero, cuando la despoblación parecía definitiva, llegó un buen día y se instaló en lo que quedaba del caserío una nutrida tropa de *hippies*, o de pioneros ecologistas, que se apropiaron sin más, por fuero de ocupante, del viejo territorio del abandono. Remozaron primorosamente las casuchas, sembraron plantas de presunto origen esquimal y abrieron un hospitalario *saloon*, un curioso museo minero y una inverosí-

mil *Opera House*. Aun contando con este último despilfarro imaginativo, el hecho fue que lograron salvar en parte y a duras penas la ruina general del poblado, lo cual resulta por lo menos meritorio.

De modo que me fui con Susana y Ángel González a ese extraño Madrid de Nuevo México. No sé si el simple topónimo activó algún remoto engranaje con los usos y consumos del otro Madrid más o menos familiar, porque nos pasamos casi todo el tiempo bebiendo junto a la chimenea del *saloon* y en la fugaz compañía de dos jóvenes hispanohablantes disfrazados de tramperos. El *saloon* se llamaba naturalmente «The Mine Shaft» y disponía de un *whisky* algo más aceptable que el que suministran ciertos habituales tugurios capitalinos. Como era de esperar, la noche cayó muy deprisa sobre aquella geología taciturna, agazapada entre la nieve y lo que parecía ser polvo de antracita. Se entreveían por la ventana los viejos tinglados mineros, como detenidos fotográficamente a medio camino de su derrumbe por el pedregal. O sea, que Ángel y yo nos pusimos adecuadamente melancólicos. Susana es más vitalista. En realidad, ninguno solemos hablar de literatura, a no ser que nos lo exija algún tercero en pública discordia. Pero se conoce que los diversos grados de calentamiento del ambiente propiciaron la excepción. A veces ocurre que, a medida que uno se hace más viejo, también se vuelve más temerario.

Yo andaba por ese remoto Oeste de invitado a un simposio en torno al grupo poético del 50 organizado por la Universidad de New México, cuya sede radica en esa especie de interminable motel que es Albuquerque. En realidad, la reunión se convirtió más bien en un expreso homenaje a Ángel González, profesor celeberrimo de esa universidad. Casi todos los hispanistas que acudieron al simposio comentaron por largo algún aspecto de la obra de Ángel. Que yo recuerde, así lo hicieron con rigor consecutivo Gonzalo Sobejano, Philip Silver, Martha Lafollette Miller, Alfredo Rodríguez y Julian Palley. Supongo que eso es también lo que yo tenía que haber previsto, pero como en vez de hacerlo me dediqué a hablar un poco de ciertas andanzas de nuestro grupo generacional y a leer algún poema, la verdad es que tenía la vaga sospecha de que le debía a

Ángel una remuneración más convincente. O menos evasiva. De manera que estaba muy dispuesto a remediar ese desvío con una conversación más o menos literaria, nada objetiva y probablemente maliciosa, actitud a la que contribuía de lo más bien —justo es decirlo— la sensación de que la noche empezaba a no tener paredes.

Estoy convencido que Ángel González, a partir de su fervorosa dedicación a la enseñanza de la poesía española contemporánea, se ha ido convirtiendo en un poeta justamente a caballo de los siglos XX y XXI, es decir, en un maestro bifocal de la conducta literaria concebida como un trabajo de expurgos y predicciones. Sus puntos de vista tienen mucho de registros temporales que engranan lo que pasó hace poco con lo que va a pasar mañana mismo. Se trata de una suerte de maniobra crítica donde hasta la fachada irónica reactiva la notoria lucidez del fondo. Quizá podría referirme aquí (aunque no sea razonable) al viejo cuento horaciano del *carpe diem* llevado a sus consecuencias más noctámbulas. Pero lo que pasa también es que esa escala de la lucidez puede ser incluso superada por Ángel González en un impreciso momento de la conversación, el cual coincide preferentemente con el canto de los gallos. Y ya todo resulta entonces de una agudeza entre satírica y científica, que incluye a partes iguales el antídoto del ingenio y la técnica de la sabiduría aparentemente improvisada. A mí me parece que eso se le nota más a Ángel cuando no tiene una guitarra a mano (aunque la busque incluso con insolencia) y se ve obligado a suplir la tesis melódica de un bolero con una teoría absolutamente saludable sobre el uso del adjetivo patológico en la espiral modernista. Se trata, por supuesto, de un ejemplo entre otros muchos. Susana los conoce casi todos.

Eso es lo que ocurrió más o menos en la dudosa velada del Madrid nuevomexicano. A simple vista, todo tenía algo de otras voces llegando desde otros ámbitos. Pero Ángel estuvo de lo más brillante y Susana de lo más risueña y yo me limité a rebajar mi hipotética deuda por el procedimiento de incitarlo a que la lógica no estuviese especialmente enemistada con el consumo etílico. La verdad es que ahora sólo

recuerdo la magnífica relectura que efectuó de algunos subrepticios episodios de nuestra común cultura poética. Puntualizar todo eso vendría a ser como el tema de una próxima conversación. Ya lo contaré otro día.

(De *Copias del natural*, Madrid, Alfaguara, 1999)



Otro tiempo vendrá, distinto a éste

JOSÉ ESTEBAN



Si alguien me preguntara cuál es hoy, para mí, la imagen de un poeta, diría que Ángel González. No porque crea que es el mejor poeta que conozco (que también lo creo), sino porque yo imagino así, tal y cómo es hoy Ángel a los verdaderos poetas. Pienso que la poesía lo ha elegido para que la represente en la tierra y ante los mortales. Algo así como su embajador, pero algo más también que su embajador, algo como su representación misma.

Creo que conocí al poeta en el, famoso entonces y hoy olvidado y convertido para más INRI en sucursal bancaria, Café Pelayo, centro, hacia los primeros sesenta, de todo un Madrid entre clandestino y jaranero. Y fue allí, en su sótano, donde asombrado primero y emocionado después, pude ver en carne mortal a nombres y hombres ya míticos para mi vida y poesía provinciana de entonces. Yo venía de la medieval Sigüenza e iba a encontrarme de pronto con lo que de más vivo (al menos para mí) existía en la literatura española de entonces. Con Ángel, Juan García Hortelano, Amparo y Gabriel Celaya, Antonio Ferrer y Armando López Salinas, Alfonso Sastre y tantos y tantos de los que hoy me es imposible hablar. Yo iba a pedirle un poema para un libro colectivo que más tarde publi-

Ángel González, Valle Inclán
y José Esteban, Madrid 1981

caría Ruedo Ibérico, con el significativo título (entonces) de *España canta a Cuba*. El poema de Ángel se titulaba *Ha estallado una perla* y desconozco si está incluido hoy en su *Palabra sobre palabra*. Nació así una amistad que se fue haciendo más intensa hasta los no fáciles días que hoy corren.

Mucho he echado de menos al poeta durante los largos años que ha pasado en América, si bien era a su vuelta, coincidiendo casi siempre con las fiestas de San Isidro, cuando procurábamos desquitarnos, aprovechando el tiempo que sus clases le dejaban libre.

Con Ángel he vivido y bebido en diferentes momentos de mi vida. Con él he hablado y cantado; he cerrado lugares nocturnos, ya a la amanecida y he abierto lugares diurnos a media mañana; con él he llorado en México, oyendo cantar a Amparo Montes; me he reído y emborrachado en California y he visto y sentido su Oviedo natal.

En aquellos años (volvemos a los primeros sesenta), Ángel llevaba una especie de bigotito, muy del régimen, que hizo que le confundieran con un policía el grupo de poetas de Barcelona. Después se lo afeitó y, al poco tiempo vino a dejarse esa inmensa barba, ya tan famosa en la historia de la poesía española.

En los veranos (estamos ya

en los setenta, años de su exilio americano), nos veíamos todas las noches. Me buscaba en la Librería Turner, cenábamos por el barrio y terminábamos, implacablemente, en Oliver. (Recuerdo que una vez me puso una postal con estas líneas: «El mundo, querido Pepe, es un inmenso Oliver», lo que me encantó). Fue en esos años cuando él editó un libro, que a él le gustó mucho, y que se llamaba, interminablemente, *Muestra de... algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan*. Creo que en ese libro había un poema, que yo adoro, como todos los suyos, que nos dedicó, al alimón, a Carmiña Martín Gaité y al que suscribe y que se titulaba *Oda a la noche o letra para tango*.

Del poeta asturiano podría contar cientos de anécdotas, pero solamente voy a rescatar una del olvido y que hace referencia a su facilidad como improvisador. Era en México, buscando la tumba de Cernuda, que parecía escondérsenos. En una de esas infructuosas búsquedas, Ángel improvisó esta cuarteta:

El poeta Luis Cernuda
tiene buena información,
cuando viene Pepe Esteban
se cambia de panteón.

Ahora, una vez más, espero su llegada, como se espera la primavera: con regocijo y ganas, pues, como los viejos álamos de mi tierra, vengo a florecer con su presencia y —todo hay que decirlo— con las copas que a diario, y no en pequeñas dosis, nos tomamos. Porque Ángel es amistad y poesía, recuerdos y copas y versos, amados y entrañables versos, y sobre todos ellos uno, que yo repito en diferentes etapas de mi vida, y cuando las cosas, que es casi siempre, no marchan como uno quisiera:

Otro tiempo vendrá, distinto a éste.

Y ese tiempo que el poeta anunciaba vino y tiene que venir y no quiero ni puedo imaginarlo sin su presencia, y también sin la noche, pues ambos, para bien y para mal, hemos sido, y afortunadamente seguimos siendo. aves nocturnas

Ángel González 1938-1945

MANUEL LOMBARDERO



Ángel González, Manuel Lombardero y su esposa, Oviedo, 1950

Fue una suerte que mi tío Sandalio estuviera en la cárcel penando una sentencia de treinta años; el fiscal —militar— había pedido pena de muerte, pero el defensor —también militar— abogaba por veinte años a la sombra. Llegaron a una transacción y la cosa quedó en cadena perpetua.

Aquella deprimente circunstancia en la que se encontraba mi tío —y otros muchos ciudadanos en la Asturias de 1938— tuvo decisiva y beneficiosa importancia en mi vida. Explicaré por qué.

Aquel año, a punto de agotarse el otoño, Paco Ignacio Taibo —según cuenta él mismo en su deli-

cioso libro «Para parar las aguas del olvido»— entró como chico de recados en la librería Cervantes, de Oviedo, en la que yo trabajaba desde meses atrás. Yo estaba a punto de cumplir catorce años y él los había cumplido en Junio. No éramos, sin embargo y en sentido lato, dos niños, porque una revolución y una guerra habían pisoteado, como dicen que pisotean la hierba los habitantes del concejo asturiano de Quirós:

Con 'el quirosanu
non vuelvo a bailar,
que donde 'l afinca
la yerba non naz.

habían pisoteado, repito, nuestras ilusiones, nuestra inocencia y nuestras esperanzas. Bueno, las esperanzas tal vez no, pero las habían colocado muy alejadas de nuestro alcance.

La situación familiar de Paco era, por causas políticas, verdaderamente agobiante, así que, aunque él pretendía ser muy discreto, pronto —cosas de chicos— supe del problema que les acuciaba. Y entonces yo, tal vez para que me considerara uno de los suyos, le expliqué lo de mi tío, el cual, *por esas cosas raras de la vida*, resultó ser correligionario y muy conocido del padre y de otro tío de Paco Ignacio que en aquellos momentos estaban escondidos, temerosos de caer en las garras de la justicia franquista.

Esa fue la causa, me parece a mí, de que Paco me mirara con simpatía y me presentara al grupo de sus amigos, compuesto por su hermano menor, Amaro; Benigno Canal (a quien le habían asesinado a un hermano y tenía otro en la cárcel); y Ángel González (cuya familia había sido aún más duramente trizada por la guerra).

Aquel grupo de adolescentes —excepcional por lo que tenía de excepción en la época que les tocó vivir— con el que me sentí de inmediato identificado; cuyo tema preferido de conversación era la literatura y el arte; cuya máxima actividad deportiva consistía en pasear y —en ocasiones— jugar a las prendas o cosa parecida con muchachas de su edad; influyó tan notablemente en mi manera de pensar y en mi formación cultural que de no haberlos conocido yo hubiera sido

otro. No sé si peor —creo que no— o mejor —creo que tampoco—, pero sí otro. Y, puestos a hilar más delgado, personificaría esa decisiva influencia en Paco Ignacio Taibo y en Ángel González.

Ángel González Muñiz, de quien hablaré hoy —y quedo en deuda para hablar otro día de Taibo—, era, a los trece años, un muchachito alto, más grueso que delgado —pero no gordo—; tímido; obsequioso ante los mayores de su respeto; cariñoso con su madre —que tenía la apariencia y la voz de la abuelita de los cuentos infantiles, y con la que se le veía frecuentemente por las calles de Oviedo, acompañándola en las compras o gestiones que ella tuviera que realizar—; algo displicente con su hermana —de la que le separaban no sé cuantos años y alguna capacidad intelectual—. En el círculo de amigos era chispeante conversador —ya se divertía retorciendo o dislocando el sentido y la forma de las palabras—; animoso seguidor de iniciativas propias o ajenas; descubridor de lecturas apasionantes, y respetuoso —parece difícil, siendo tan niños— con las circunstancias o carencias de cada uno de los componentes del grupo.

Cuando en 1936 estalló la guerra —quiero decir la guerra civil española—, doña María Muñiz cumplía nueve años de viuda. Su marido, don Pedro

González Cano, había fallecido cuando Ángelín, su hijo menor, tenía dieciocho meses. Don Pedro había sido catedrático de Ciencias y profesor de Pedagogía en la Escuela Normal del Magisterio, donde su suegro, don Manuel Muñíz García, el abuelo de Ángel, era Director. (Don Manuel había publicado una «Cartilla Métrica» que tuvo mucho éxito y que luego su yerno amplió doblándola en dos tomos, uno para el uso de alumnos y otro para el de los maestros). La hermana de Ángel también había estudiado magisterio, pero no podía ejercer su profesión —estaba sancionada, se decía entonces— por la señalada tendencia izquierdista de su familia.

Volviendo al grupo de amigos: Benigno trabajaba en la cerrajería familiar; Amaro en una farmacia, y Paco y yo en la librería. Ángel estudiaba bachillerato; primero en el Instituto y luego en el colegio que, si no recuerdo mal, fundó por entonces un hermano de Alejandro Casona. Los años transcurrían; nosotros íbamos creciendo —yo, poco—, y algunas situaciones normalizándose. El tío y el padre de Paco fueron presos, juzgados y liberados en poco tiempo. Mi famoso tío Sandalio se fue beneficiando de perdones y amnistías y no tardó en estar en libertad —relativa—. A la hermana de Ángel le levantaron el veto y la permitieron volver a

la escuela, siempre que fuera en una localidad distante, al menos, ciento cincuenta kilómetros de Oviedo.

Durante gran parte del año los componentes el grupo no nos veíamos al completo mas que los días festivos porque los horarios de trabajo impedían que nos viéramos en días de labor. Sólo en algunas semanas de primavera y verano, cuando el atardecer parecía hacerse eterno, nos reuníamos en un prado cerca de la cerrajería de Benigno, o en el parque, y luego caíamos por el paseo para cruzar miradas que intentaban ser persuasivas con alguna jovencita de nuestro particular aprecio. También para encontrarnos con otros amigos, pues aunque el grupo permanecía compacto en esencia, siempre alternó con otros muchachos de su misma edad. Y era especialmente Ángel quien aportaba esas nuevas amistades, normalmente elegidas entre sus compañeros de estudio.

Los domingos íbamos al cine a primera hora de la tarde. Y si el tiempo era desapacible nos recluíamos en casa de Ángel, que era la mejor y la más céntrica. Además teníamos allí y a nuestra disposición la biblioteca familiar, con el Espasa y abundancia de obras de pedagogía, pero también, sólo por poner un ejemplo, con «Las mil y una noches» en la edición de Prometeo, traducida del francés por Blasco Ibáñez.

Rara vez salíamos de noche, pero si lo hacíamos, durante las fiestas de la ciudad o en ocasiones señaladas, partíamos desde la casa de Ángel. Y allí era de ver como las tres mujeres que le atendían, le mandaban y en él tenían puestas sus esperanzas, recomendaban a cada uno de nosotros —me parece que a Amaro no, tal vez porque era el más joven— que hiciéramos de arcángeles tutelares de su Ángel particular:

—Benigno —encomendaba la hermana—, tú, que eres el mayor, cuida de Ángelín.

—Paco Ignacio —apuntaba Soledad—, ser buenos. Y que Ángelín no beba. (Recomendación inútil porque ninguno bebía)

—Manolín (la utilización del diminutivo llega a ser obsesiva en Oviedo) —decía doña María al tiempo que me daba una palmada cariñosa—, no estéis por ahí hasta muy tarde, ¡que Ángelín vuelva pronto!

Y creo que es mérito de Ángel no haber salido

dañado por aquel mimo, aquel cuidado, yo diría que excesivo, que le dispensaban aquellas tres mujeres. Cuidados que a un muchacho con personalidad menos definida le hubieran llevado fácilmente al endiosamiento y a la tontería. (Los desvelos de la madre estaban más que justificados porque la guerra le había matado un hijo y enviado otro al exilio; de los cuatro varones que alegraban la casa pocos años antes le quedaba tan sólo el benjamín y vivía en la continua congoja de perderlo. La hermana participaba de los miedos de la madre. Y Soledad, la muchacha de servicio que —siempre lo he creído así— nunca se casó por no dejar sola con sus desgracias a doña María, palpataba con los anhelos de la casa en la que teórica y realmente servía, aunque, en realidad, tanto obedecía como mandaba. —Soledad falleció el año pasado (2001). Mientras pudo arreglárselas sola vivió en Oviedo en una casa que doña María había comprado para su hijo y para ella. Luego ingresó en una residencia en la que yo, acompañando a Ángel, la visité en el verano del 2000, acordando ellos dos que en la mañana del día siguiente saldrían juntos a comprar unas cosas que ella necesitaba—)

Pero volvamos otra vez al grupo de amigos: Ángel, Paco y yo sí nos veíamos casi a diario,



Cinco amigos.— Paco Ignacio Taibo, Manuel Lombardero, Amaro Taibo, Ángel González y Benigno Canal. Oviedo, 1944 - Nueva York, 1994

porque Ángel solía aparecer por la librería cuando se acercaba la hora de cerrar. En ocasiones nos ayudaba a ultimar nuestra tarea, especialmente si se trataba de abrir los paquetes que diariamente llegaban por el correo, en los que se recibían las novedades. Luego solíamos dar unas vueltas por el paseo.

El grupo se vio muy afectado cuando la familia Taibo decidió irse a vivir a Gijón. Sólo veinticuatro kilómetros separan a Gijón de Oviedo, pero el precio del billete de ferrocarril constituía un inconveniente

mayor que la distancia. Benigno, que tenía una hermana casada en Gijón, sí iba todos los fines de semana a la villa marinera. Ángel y yo lo hacíamos con mucha menos frecuencia.

Cultivamos entonces la amistad de otros muchachos: Ignacio, Nicanor, José Manuel. Con los dos últimos íbamos a un café a jugar al parchís; *chupáme la camiseta*, decía José Manuel cada vez que nos comía una ficha. También, con Nicanor, nos apuntamos a unas clases de inglés que se vieron interrumpidas cuando el profesor, que era funcionario de Turismo, se marchó a Londres.

Entre tanto, Ángel había terminado el bachillerato e iniciado los estudios de Derecho. Recuerdo que uno de los catedráticos más populares y hasta emblemáticos en la universidad, el señor Serrano, cuando se encontraba con Ángel por la calle no le llamaba ni Ángel, ni González, sino Cano, que era, por lo visto, como se le conocía al padre de Ángel en Oviedo.

Benigno apareció una tarde por la librería para llevarnos al «Español», un café cantante que de ocho a diez de la noche ofrecía sesiones familiares. Allí acudimos dos o tres veces por semana durante meses. La consumición —un café con leche— era baratísima; y el ambiente de lo más moral que pueda darse en locales destina-

dos a aquel tipo de espectáculos. (Benigno terminó enamorándose de una bailarina que decía llamarse Chiki y el pobre gastó un dineral pagando cafés y bocadillos a la madre).

En la primavera de 1944 Paco Ignacio organizó una excursión que se prometía divertida. Él y Amaro, con un numeroso grupo de muchachas y muchachos —todos entre los diecisiete y los veinte años— tomarían el tren en Gijón y a las ocho de la mañana estarían en Oviedo. Ángel, Benigno y yo les esperaríamos para, cambiando de estación, dirigirnos todos otra vez hacia el mar, hacia San Esteban de Pravia. Desde allí pasaríamos andando a Avilés, donde el ferrocarril de Carreño nos volvería a Gijón. Cada uno llevaría su comida. Y en los lugares en que se nos apeteciera organizaríamos un baile, pues alguien, no sé quien, era portador de una gramola de cuerda. En un alto del camino se hicieron fotografías. Yo conservo una en la que aparece un Ángel alicaído. Pocos días más tarde le diagnosticaron una tuberculosis pulmonar. Aquella intensa jornada tuvo que resultar agotadora para Ángel, pero yo no recuerdo que se hubiera quejado en ningún momento, ni ninguno de nosotros supimos darnos cuenta de su abatimiento.

(Llegado a este punto debería yo dejar la palabra a Paco Ignacio, que en su ya citado libro «Para parar las aguas del olvido» dedica un breve y precioso capítulo a la enfermedad de Ángel, al pueblo de Páramo del Sil, y al viaje que, para dar un abrazo a nuestro amigo, hicimos en los días navideños. Seguiré, no obstante, con mi relato, obviando en lo posible lo que ya está muy bien contado)

Páramo del Sil, casi a mitad de camino entre Ponferrada y Villablino, es un pueblo leonés y ya es sabido —al menos todos los asturianos lo sabemos— que para curar las enfermedades del pulmón hay que pasar el puerto, hay que irse a Castilla y escapar de la lluvias y las nieblas de Asturias. Así pues, Maruja, la hermana de Ángel, que ya estaba *rehabilitada* y que si quería tener escuela debía alejarse de Oviedo y su provincia, consiguió la vacante de Páramo del Sil y para allá se fue el pequeño núcleo familiar: doña María y sus dos hijos. En Oviedo, cuidando la casa y uno o dos huéspedes, se quedó Soledad.

A su llegada a Páramo, Ángel se ve obligado a guardar cama rigurosamente y la ventana de su habitación permanece siempre abierta: *...tengo todas las noches alguna visita zoológica —dice en una de sus primeras cartas—, unas veces es un murciélago el que me viene a saludar, otras una lechuza. Y arañas no digamos, casi tantas como ratones...*

...mi vida de anacoreta —escribe poco después— transcurre con el mismo ritmo, pausado y lento, entre la cama y la mesa. De vez en cuando me asomo al balcón y admiro los muslos torneados de las ninfas lavanderas en un arroyo cercano. Otras veces hago versos o dibujo hermosos frescos que sirven para decorar mi habitación... De esa manera voy tirando sin desesperarme... Tengo una paciencia excepcional, como nunca sospeché que se podía tener. No obstante a veces me da miedo volverme loco, sobre todo cuando pienso en Bobes (un compañero de estudios que fue recluido en el manicomio) y otros «chalaos» que en sus buenos tiempos estuvieron enfermos del pecho...

Ángel siempre fue pudoroso en extremo y es muy posible que esos versos con cuya escritura se entretenía los guardara en su armario. Los que incluía en sus cartas eran, por lo general, bromas rimadas:

*Esa muchacha morena
que lava en el agua clara,
me dijo que tenía pena
porque ya estaba casada.*

*Las flores, todavía tiernas,
me dijeron ruborosas
que les veían las piernas
a todas las mariposas.*

Los meses van pasando al tiempo que él gana peso y color, y el médico le autoriza a salir de casa: *...hoy estrené madreñas para dar un paseo. Fue mi bautismo de fuego. La gentes paramesas tuvieron por fin el alto honor de conocer al hermano de la maestra. Los viejos y viejas me decían, después de las interrogaciones de ritual, frases amables que se aproximaban mucho al piropo de una manera harto vergonzosa para mí... Los matinales y solitarios paseos, en los días que luce el sol, le llevan a conocer el entorno: ...después de andar por un laberinto de caminos me encontré ante un paisaje francamente*

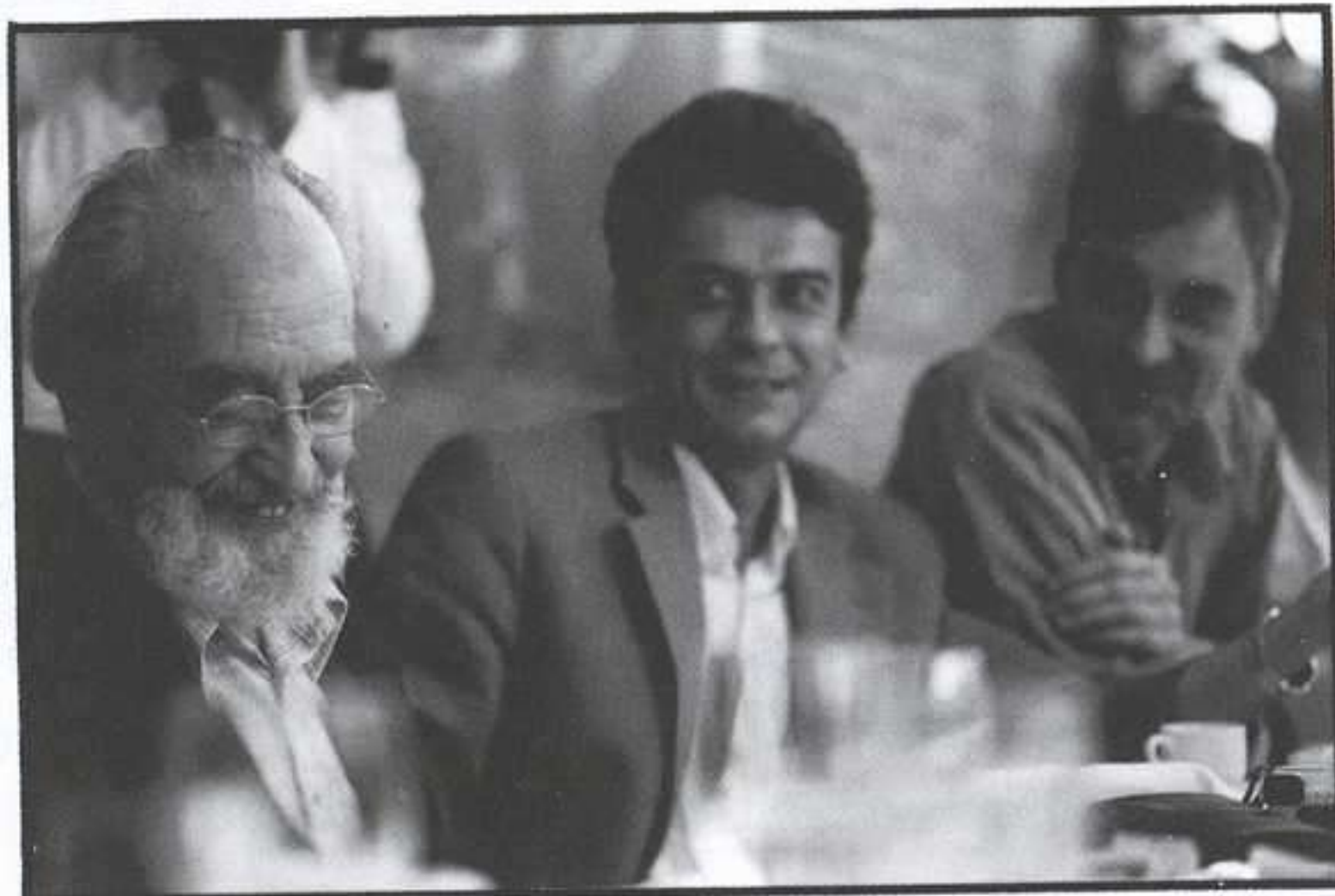
bonito. A cincuenta o sesenta metros debajo de mí pasaba el río Sil, bordeando un pueblo que no tendría más de la docena de casas, todas pintadas de colores claros. En las colinas los castaños parecían de bronce, y las montañas algo más altas, cubiertas de nieve, parecían arder al reflejar el sol...

1945 estaba ya bien avanzado. Ángel acababa de cumplir veinte años. La enfermedad se batía en retirada. Ya podía dedicar tiempo al estudio y trasladarse a Oviedo en viajes cortos y pesados para examinarse de algunas asignaturas. El porvenir parecía abrirse de nuevo ante él. Su madre había recobrado la sonrisa...



Pero jamás en el mismo día

JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ



Ángel González, José Antonio Mesa Toré y Francisco Fortuny, Málaga, 2002

Acabo de conocer a Ángel González. En persona. Como casi siempre que me sucede algo bueno, memorable, gracias a la revista *Litoral*. Y en esta ocasión, también al Centro Cultural de la Generación del 27, donde trabajo. Ángel vive en Albuquerque, New México, y pasa anualmente por Madrid, España, para celebrar el don de la amistad o para saludar a las cucarachas de su casa, que también. Este año la literatura y la música, inseparables amigas, le llevarán a Tenerife, a Oviedo y, en un paréntesis, por los buenos oficios de Luis García Montero, a Málaga. *Litoral* le dedica el próximo número de la revista; en el Centro del 27 dará una lectura.

Caminamos por el Paseo Marítimo de Pedregalejo. Palabra sobre palabra, les hablo a Susana y a Ángel de cómo conocí a mi mujer. Poco ético, les digo, que el profesor acabe en los brazos de la alumna o la alumna en los brazos del profesor. No, no, cuestión de estética, y además quién se lo

dice al corazón o quién se atreve a cambiar el curso de la naturaleza, me responde Ángel. Este poeta me va cayendo bien en persona, pienso mientras el mar pone música y silencios en la conversación.

Ya antes de conocer personalmente a Ángel González le debía mucho. El primer libro suyo que llegó a mis manos fue, lo recuerdo bien, *Tratado de Urbanismo*, en estupenda edición por las barbas del papel y la sobriedad de la portada, de *El Bardo*. Estoy hablando, quizás del año 78, cuando yo cumplía apenas quince y me sentía Gustavo y Adolfo y Bécquer a poco que me mirara una chica. Aunque yo no entendiera cuánta protesta y rebelión había, ironía tras chiste, en aquellos versos hacia el mundo de caricatura pero implacable e impecablemente siniestro del General superlativo, su amor con dificultades de hacerse amor en algún lugar propicio, su habilidad para seguir el ir y venir de unas piernas en un parque, su ciudad y su memoria de niño

bombardeadas por el odio, sus escaparates vomitando el lujo y sus cementerios masificados gracias al terror me llegaban al corazón, me imponían mucho o, simplemente, por qué no, me hacían pensar en bellas piernas conocidas o en otros lugares propicios al amor que no estaban en su poema porque entonces, muy poco a poco, nuestro país iba teniendo algunos lugares y algunas personas más favorables.

Dejé de leer a Ángel González inmediatamente. No busqué otros libros suyos en las librerías o en la generosidad de los amigos. Yo, por entonces, quería ser poeta y si seguía a Ángel González acabaría imitando su lenguaje sin afectación, su ironía, su humor, su poca fe en la palabra, su aplicación para estudiar de arriba a abajo las piernas femeninas, esas largas tentaciones puestas en pie por el diablo. Tú me entiendes, Ángel, cuántas veces no te fuiste a la cama por culpa de esas piernas... Pero, acaso, el demonio mismo quiso nombrarme profesor en el curso de español para extranjeros y las piernas esbeltas o rechonchas, velludas o depiladas, blancas como la nieve o lamidas por el sol iban o venían, se cruzaban o descruzaban, seguían a un adjetivo o caían ante la zancadilla de un futuro imperfecto. Lo peor era que allí estaban también mis ojos. Quiero decir que, como docente, allí estaba yo, pero también estaban allí mis negros ojos de profesor verde.

Quizás por esa diaria inspiración volví a los poemas de Ángel González. Los fotocopíé, los repartí entre mis alumnos. Su sencillo lenguaje, las imágenes fácilmente comprensibles, sus temas, la autenticidad con la que decía todo, sin duda, me servían inestimablemente para enseñarles español a mis alumnos extranjeros y, de paso, para que conocieran por qué España les resultaba diferente: cuarenta años de oprobio, cuarenta años de no encontrar un lugar propicio para el amor. También me valía, y mucho, aunque esto el poeta Ángel González no pudiera suponerlo al escribir, para aumentar el vocabulario de mis discípulos: el poema «Jardín público con piernas privadas» es una lección magistral de anatomía. Cuánto vocabulario fisiológico aprendie-

ron mis alumnos siguiendo el ritmo de los versos y de las piernas glosadas por Ángel.

Y en fin, tanto va el cántaro a la fuente y tanto las piernas aprendices pasan frente a la cátedra que, seguramente, le debo a Ángel González el haberme casado. Lástima, entonces no pude invitarlo a mi boda. Pero juro que, al decir «sí, quiero», recordé todas las piernas: aquellas a las que el cura me hacía prometer fidelidad eterna y esas otras a las que me hacía renunciar para siempre. Ya dije que a Ángel González le debo mucho.

En los ratos que me dejaban la profesión y las piernas escribía algunos poemas. Unos más otros, sin llegar a 119+1, dieron algún libro. No quise ser en ellos desagradecido. Es norma del gremio deslizarse aquí o allá una cita, algún verso de un poeta que el poeta más joven admira o del que se siente heredero. El lector avisado, por supuesto, descubre a la primera esos guiños. Así que en *El amigo imaginario*, para quien no estuviera avisado, aviso de que hay un poema titulado «Lecciones de buen amor», acaso porque, por desgracia, me correspondió, aunque por pocos años, un cupo de franquismo. En ese poema acabo pidiendo a Dios y a España —¿te suena Ángel?— que perdonen a un poeta que sólo sabe dárseles de lírico en un país que nada sabe de buen amor.

Años después, en mi siguiente libro, *La primavera nórdica*, una estrofa del poema «Triunfo de la muerte» comienza así: «Particular

mención merecen los armarios», que remite a otro texto de *Tratado de urbanismo*. Como digo, son guiños, humildes y pequeños homenajes a los grandes poetas que los poetas pequeños y humildes hacemos, acaso porque de este modo un verso de nuestro poema ya está magistralmente escrito.

Está claro que para entonces sí leía todo lo de Ángel González, me hiciera daño o no. Mi último recuerdo antes de conocerlo en persona es en el jardín de mi casa, septiembre de 2001. Atardece. En la mañana me he regalado en una librería *Otoños y otras luces*. Ahora lo abro. No sé si es miércoles o si se ha puesto lunes. Leo a la luz de unas velas. Las nubes, los árboles, los pájaros de un paisaje americano están en el papel de ese libro. Veo cómo pasan por sus páginas, y si levanto los ojos los veo pasar también en el cielo, en las montañas que rodean mi casa. Cuánta soledad, cuánto amor de última hora pero tan joven, cuánta sabia resignación ante el paso del tiempo y cuánta roja penúltima chispa de fuego caen sobre mí, sobre este Otoño que apenas comienza en un pueblecito de Málaga, tan lejos y tan cerca del Otoño y de las luces de Albuquerque. Leo y releo. No puedo dejar el libro, la memoria, tantos días de mi vida en los que el poeta Ángel González, sin saberlo, estaba en mi vida palabra sobre palabra.

Hasta aquí he narrado mis encuentros como lector con Ángel González, antes de conocerlo per-

sonalmente. Me queda decir que a veces uno tiene y mantiene una lectura de cabecera, un libro sobre el que está obligado a volver y, siendo uno mismo distinto al que ya tantos años ha sido, lo venera, lo ama de manera distinta.

Más que de un libro, yo llevo muchos años de mi vida siendo fiel lector de un poema de Ángel González. «Canción de Invierno y de Verano» se titula. Cuando, en el número de *Litoral* anterior a éste, hicimos una antología de poemas sobre el mar, no fue extraño que eligiera ese texto. Perfectamente yo habría podido dejar de escribir mi último libro *La primavera nórdica*. En el poema de Ángel está condensado todo lo que yo quise decir y, por supuesto, con mucha más propiedad.

Cuando es invierno en el mar del Norte
es verano en Valparaíso.

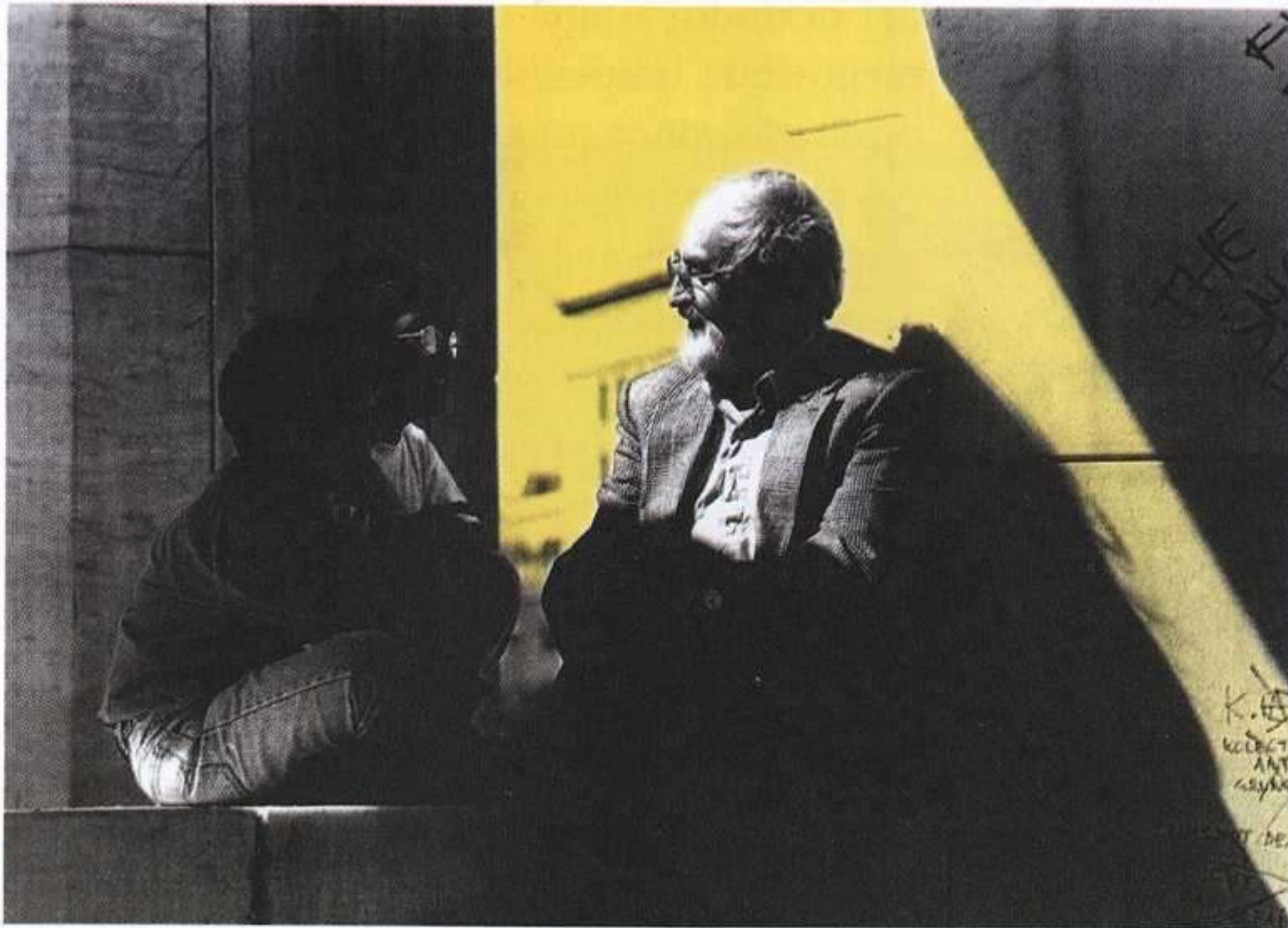
Los barcos hacen sonar sus sirenas al entrar en el
puerto de Bremen con jirones de niebla y de
hielo en sus cabos,
mientras los balandros soleados arrastran por la
superficie del Pacífico Sur bellas bañistas.
Eso sucede en el mismo tiempo,
pero jamás en el mismo día.

Sucedir y amar en el mismo tiempo, pero jamás en el mismo día. Esto mismo me sucedió a mí, lo cual, sin duda, no importa demasiado. Pero creo firmemente que nuestra tragedia es que unos nos amamos a otros, pero, para nuestro infortunio, no al mismo tiempo. Eso, y por eso le envidio, lo ha sabido decir como nadie Ángel González.

No hablamos ahora de amor, mas sí de encuentros, de coincidencias, de cierta amistad; si pienso en mi relación con el poeta Ángel González, pienso en que dialogué con él, a través de su poesía, muchas veces, pero jamás en el mismo día que nos iba otorgando la vida. Su poema me hace recordar un país que, lento, cabecea como un barco, un país tomado por la nieve en el que tal vez mi vida hubiera tenido sentido. Como, de otra manera lo hubiera tenido la suya, la de Ángel González, en otra España y en otro tiempo diferente.

El poeta en su rincón universal

ALFRED RODRÍGUEZ



Ángel González vive en Albuquerque, estado de New México, USA, desde hace treinta años. Se exilió, más que perseguido por su talante de poeta social, profundamente hastiado por el cerrado ambiente de una España que estrenaba la cuarta década de su régimen franquista. Vino a Albuquerque para ocupar una cátedra de literatura española en la Universidad de New México que había sido creada, una veintena de años antes, para otro escritor español desarraigado por las circunstancias políticas de su patria, Ramón Sender.

El poeta vive a diario, trabaja y paga sus impuestos, en Albuquerque, a cinco mil kilómetros de su querido Madrid, de su entrañable Oviedo, de su inolvidable Barcelona, pero hay que tener en cuenta que esto ocurre en los años setenta del siglo pasado, época ya de medios de comunicación y transporte tan adelantados que eran capaces de anular la angustiosa ruptura con

su “circunstancia” española que habían sufrido anteriores generaciones de escritores exiliados o auto-exiliados. Ángel González nunca abandona la matriz ibérica de su creatividad, ese ambiente, forjado de trasfondo físico y fondo humano, que, siempre suyo, transpira en su obra poética. En estos treinta años, el poeta ha hecho incontables llamadas telefónicas de carácter intercontinental, ha sobrevolado el continente norteamericano y el océano Atlántico en centenares de ocasiones, y todo para que su España jamás cobrara ecos de pretérito, palideces de inactualidad.

Hijo y hermano de maestros, Ángel González llevaba en la masa de la sangre, como se suele decir, las condiciones humanas para el ejercicio de una función pedagógica para la cual ni sus estudios, de Derecho, ni su experiencia profesional, de funcionario del Ministerio de Obras Públicas, le habían preparado. Con todo, solo él

sabrán lo que le costarían, en prolongadas crisis de auto-duda y ansiedad, aquellos primeros pasos por las aulas universitarias de un mundo anglosajón que, pese a la cepa hispánica de la región, habitaban seres de muy ajena catadura. Pero el poeta, delicado con la rosa, encierra extraordinarios recursos de fortaleza anímica.

Durante cinco lustros desempeña una cátedra que, siguiendo la especializada norma de la universidad estadounidense, ofrece cursos sobre la literatura española de la pos-guerra, época que coincide en gran medida con su biografía. De hecho, su tarea pedagógica refuerza a diario su vínculo con el mundo en que se enraíza su propia creatividad poética. Y ésta, abonada por la profundización y el análisis que exige el aula universitaria, florece sin cesar durante ese largo período. Ángel González, por las circunstancias, continúa, para que pueda pasar a nutrir las plumas de las generaciones poéticas que le sucedan, la senda universitaria abierta por un generoso grupo de la luminosa Generación de 1927.

A través de los años los cursos que imparte Ángel González alcanzan renom-

bre en el ámbito universitario. En la narrativa de la época que enseña, se trate de García Hortelano, de Caballero Bonald, de Marsé, de Benet o de alguna otra figura estelar del período, Ángel lleva hasta el aula, fenómeno poco menos que irrepetible en ningún otro lugar del país, un profundo conocimiento personal del creador y su circunstancia. Pues la obra de arte, sea el que sea el medio de su transmisión, siempre será obra humana, que no divina. Y otro tanto ocurre, pero con más íntima profundidad aún y aún más preciso conocimiento de causa, cuando el curso graduado que imparte, pues los que acuden a sus clases son jóvenes camino del masters o doctorandos, enfoca la poesía de la pos-guerra española. Todo el amplio y variado campo poético que va desde *Hijos de la ira* hasta los grupos líricos que maduran ya en una España democrática forma el coso, con su agónica lid, del quehacer de hacerse del propio poeta/profesor.

Sí, siempre poeta primero, pero la universidad, el ambiente, si cabe, el aura que de su personal y hasta de sus edificios, aulas y laboratorios, emana, no deja de imprimirse sobre el sensible espíritu del poeta. Ello, quizás, lleve a Ángel González, con los años, a ofrecer cursos sobre la poesía renacentista y barroca de España, y Garcilaso y Herrera, Góngora y Quevedo, el rico patrimonio de la poesía española, hallan en el poeta contemporáneo un erudito y filial transmisor de su grandeza. A ello se debe que, también con los años, el poeta/profesor, con la distancia que la erudición requiere, nos ofrezca inteligentes y acabados estudios monográficos sobre Juan Ramón Jiménez y, sobre todo, Antonio Machado. Estos irán apareciendo junto a la poesía, nueva, que no ha dejado nunca de ocupar su mente, de fluir de su pluma. Al dejar la cátedra, hace ya un lustro, una enriquecida y agradecida Universidad de New México no puede menos que conferirle, con un doctorado *honoris causa*, el máximo galardón que puede ofrecer.

Hace unos días, con los primeros pinitos de la primavera ya en el aire nuevomexicano, viene Ángel González a despedirse (otra vez, como lo hace varias veces al año) de quien estos renglones escribe, compañero suyo de muchos años en las tareas docentes de la Universidad de New México. Viene, como siempre, con el fervor de su destino ibérico ya en los ojos.

Ángel González

JESÚS GARCÍA SÁNCHEZ



Jesús García Sánchez, Susana Rivera y Ángel González

Cuando Ángel González publica en el año 2001 su nuevo libro de poemas, *Otoños y otras luces*, después de una década, comienza una nueva época en su literatura. Su trayectoria como poeta es amplia en años pero escasa en producción. Ángel González ha publicado lo necesario, lo que es muy de agradecer, pues aunque no ha sido ni habitual ni reiterado en sus entregas, sí ha sido oportuno y preferente.

En la introducción que el propio Ángel González hace a la antología de sus poemas en la editorial cátedra, quedan convenientemente explicados los motivos de la brevedad de su obra poética, así como los motivos y las intenciones que le indujeron a publicar cada uno de sus libros. «Todos mis libros han sido titulados y organizados a partir un núcleo de poemas previos que

permitían ver la intención que el título recoge.»

Resumiendo, aunque de manera escueta, no inexacta, hay que considerar su primera publicación, *Áspero mundo*, como un libro de desencanto y de tristeza; *Sin esperanza, con convencimiento* como de testimonio pesimista y de cinismo y de cinismo irónico y que *Breves acotaciones para una biografía* es el comienzo de un lenguaje metapoético donde el autor implica al lector, mediante juegos y agudezas verbales a implicarse en su poema. Se diría que la poesía de Ángel González hasta en esos momentos procediera, de manera imprevista, inesperadamente, de frases y de palabras usuales, incluso sin revolver ni modular, sin arreglar y sin teñir, de tal forma que los versos contruidos nos inva-

den con impresiones y recuerdos puntuales.

Desde *Otoños y otras luces* Ángel nos conduce a la evocación, una añoranza llena de nostalgia fría meditación. *Otoños* es producto de la reflexión y de la madurez.

Costumbre asidua es que los poetas nos ofrezcan edades avanzadas de su vida, entregas que no sólo no añaden nada positivo a su labor anterior, que no exceden de ser simples epílogos de su propia obra previa o de disparates que sólo podemos leer con infinita misericordia. Anormales son los casos en los que el poeta entrega un libro, que en ciertas edades, que no es un simple complemento a sus anteriores creaciones, y aún mucho más anormales los casos en los que no sólo no son simples apéndices, sino obras principales. Con *Otoños y otras luces* Ángel González de nuevo vuelve a ser excepción. Con este poemario ha conseguido combinar todos los ingredientes que le hicieron ser un poeta singular y mágico, añadiéndoles desnudez y perfección, luminosidad y calma. Todo hasta llegar a la culminación con esa obra maestra que es «Glosas a C. (laudio) R.(odríguez)». González, como ha sido siempre tradicional en las elegías o en llantos por las personas desaparecidas, no invita al lector, no, a la mitificación del individuo fallecido, ni a las lamentaciones de dolor y duelo, sino que, evocando los elementos más genuinos de la poesía del amigo muerto, nos canta una serena elegía pletórica de lirismo y emoción, de belleza y de ternura.

No quiero terminar sin reproducir mi poema preferido de González y que tantas veces releo.



DATO BIOGRÁFICO

CUANDO ESTOY EN MADRID,
LAS CUCARACHAS DE MI CASA PROTESTAN PORQUE LEO POR LAS NOCHES.
LA LUZ NO LAS ANIMA A SALIR DE SUS ESCONDRIJOS,
Y PIERDEN DE ESE MODO LA OPORTUNIDAD DE PASEARSE POR MI DORMITORIO,
LUGAR HACIA EL QUE

—POR OSCURAS RAZONES

SE SIENTEN IRRESISTIBLEMENTE ATRAÍDAS.
AHORA HABLAN DE PRESENTAR UN ESCRITO DE QUEJA AL PRESIDENTE DE LA
REPÚBLICA,

Y YO ME PREGUNTO:

¿EN QUÉ PAÍS SE CREERÁN QUE VIVEN?;
ESTAS CUCARACHAS NO LEEN LOS PERIÓDICOS.

LO QUE A ELLAS LES GUSTA ES QUE YO ME EMBORRACHE
Y BAILE TANGOS HASTA LA MADRUGADA,
PARA ASÍ PRACTICAR SIN RIESGO ALGUNO
SU MERODEO INCESANTE Y SIN SENTIDO, A CIEGAS
POR LAS ANCHAS BALDOSAS DE MI ALCOBA.

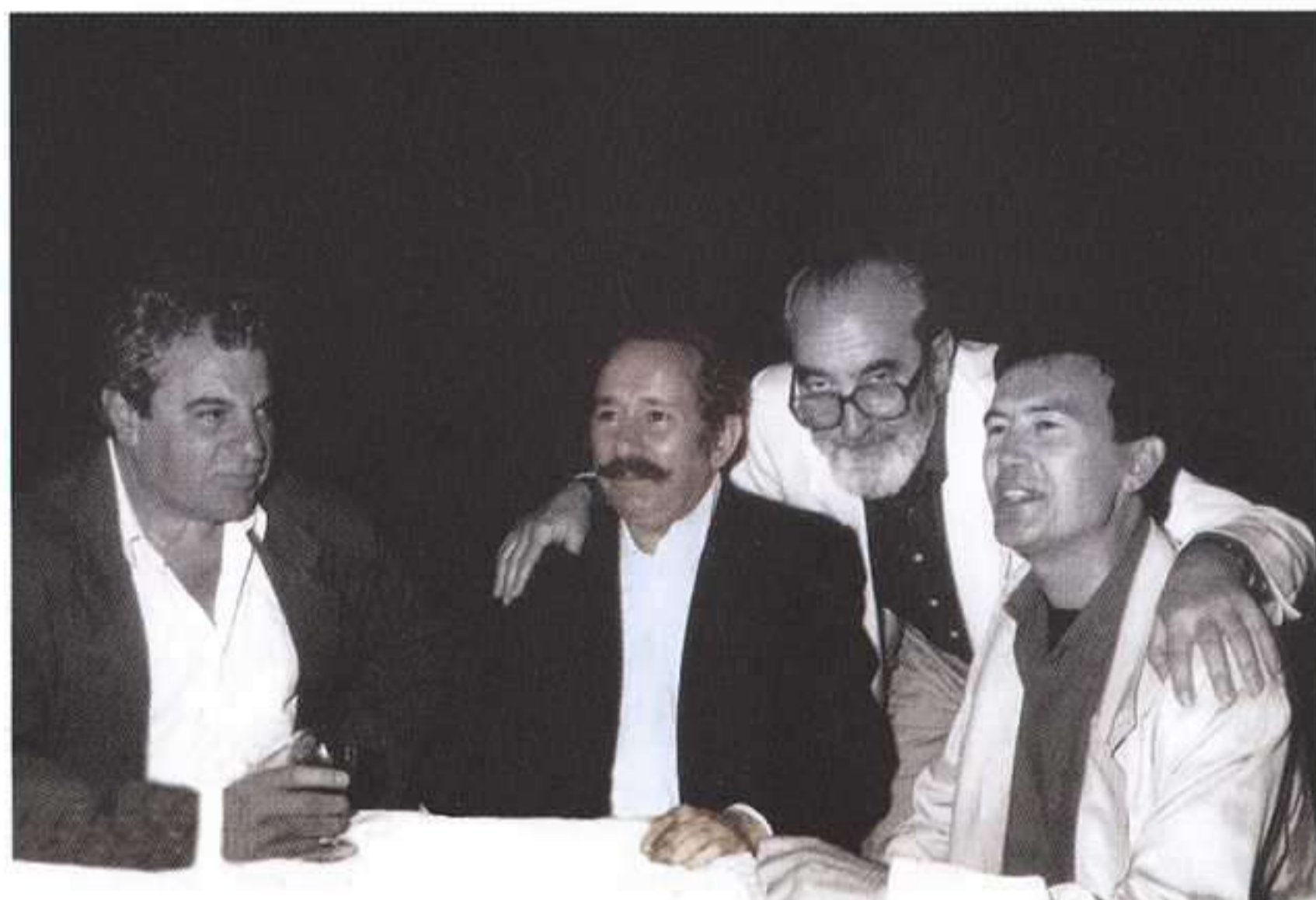
A VECES LAS COMPLAZCO,
NO PORQUE TENGA EN CUENTA SUS DESEOS,
SINO PORQUE ME SIENTO IRRESISTIBLEMENTE ATRAÍDO,
POR OSCURAS RAZONES,
HACIA CIERTOS LUGARES MUY MAL ILUMINADOS
EN LOS QUE ME DEMORO SIN PLAN PRECONCEBIDO
HASTA QUE EL SOL NACIENTE ANUNCIA UN NUEVO DÍA.

YA DE REGRESO EN CASA,
CUANDO ME CRUZO POR EL PASILLO CON SUS PEQUEÑOS CUERPOS QUE SE
EVADEN

CON TORPEZA Y CON MIEDO
HACIA LAS GRIETAS SOMBRÍAS DONDE MORAN,
LES DESEO BUENAS NOCHES A DESTIEMPO
—PERO DE CORAZÓN, SINCERAMENTE—,
RECONOCIENDO EN MÍ SU INCERTIDUMBRE,
SU INOPORTUNIDAD,
SU FOTOFOBIA,
Y OTRAS MUCHAS TENDENCIAS Y ACTITUDES
QUE —LAMENTO DECIRLO—
HABLAN POCO EN FAVOR DE ESOS ORTÓPTEROS.

Los años reconstruidos

PACO IGNACIO TAIBO I



Juan Marsé, Paco Ignacio Taibo I, Ángel González y Agustín Sánchez Vidal

I. La caña de pescar

Páramo del Sil viene en todos los grandes atlas, pero Primout no viene en ninguno, sin embargo, recuerdo que Ángel González y yo compramos una caña y nos fuimos a la vera del río intentando pescar, el anzuelo se iba al cielo y pescaba bellotas, hojas y acaso un nido.

Eran los años que ahora intento reconstruir y de los que voy salvando una pequeña estación de ferrocarril y un viaje colectivo que organizamos con el afán de que Ángel González no se nos muriera, pero esto no fue en Primout sino en Páramo del Sil donde yo tuve el convencimiento de que Ángel iba para poeta sin que él lo supiera. Que otros hablen de Primout y nos vean a la orilla del río con la caña enredada en los sauces; yo hablaré de una imagen que nunca se me borró, a mí que todo se me borra.

Ángel tenía una ventana abierta a una huerta por la que todas las tardes subía una pastora de ovejas lo cual sin duda es imagen lírica de fácil recuerdo.

Yo me había enamorado de una muchachita que reía escandalosamente mientras aguardaba la hora de declinar latines, en el instituto jovellanos de Gijón, y debió de ser en ese río de Primout o en el de Páramo del Sil cuando Ángel me entregó lo que acaso haya sido su primer poema.

«No sé por qué
me ha conmovido tanto
la historia de tu novia
con calcetines blancos.»

El papel viajó conmigo hasta encontrarme con la chica risueña y se lo entregué para que constatará que su fama juvenil ya estaba tomando vuelo.

Ella guardó el poema, yo guardé la copia y pasaron los años y una vez, creo yo que, en Nueva York mostramos a Ángel que nuestro amor, casi infantil, había dado frutos literarios.

—Estas cosas no pasan sino en las novelas dijeron mis amigos todos ya canosos y ensombrecidos.

Ángel dijo que efectivamente estas cosas no pasan.

2. Los calcetines blancos

Querido Ángel: hoy 20 de marzo del año 2002 Mari Carmen y yo después del desayuno hicimos cuentas.

Mari Carmen nació el 8 de julio de 1928. Usaba calcetines blancos hasta 1943. En 1944 usó sus primeras medias de nylon que un marino amigo mío me las regaló para que yo se yo se las regalara a ella.

Tuvo que ser, por lo tanto, hacia 1943 cuando yo te escribí a ti que mi novia usaba calcetines blancos.

Tú tenías, por entonces, 18 años y me enviaste el poema que todo el grupo de jóvenes amigos recordamos.

Creo, por lo tanto, que este fue el primer poema tuyo tuyo que te convirtió, ante mis ojos, en poeta.

Mari Carmen guardó estos versos hasta que un día los sacó de su bolsa y los leyó en el Center Park de Nueva York.

Cuando esto ocurrió yo había cumplido los setenta años, Benigno Canal los setenta y uno, Manolo Lombardero y Amaro Taibo sesenta y nueve años, y tú cumplías, si no recuerdo mal, los cuatro primeros libros.

Es una curiosa tendencia de los críticos literarios investigar en la vida de poetas hasta descubrir el momento exacto en que nació su primera poesía.

Sé bien que este es un juego inútil, pero me llena de orgullo el saber que si yo no te hubiera mencionado los

calcetines blancos de Mari Carmen tu nacimiento como poeta se habría perdido para siempre.

Esto podría llevarnos más lejos hasta el punto de afirmar que tú, poéticamente hablando, eres hijo de unos calcetines.

3. La caja de los recuerdos

A pesar de que durante el exilio en Páramo del Sil no usabas barba había algo en ti que anunciaba una cierta severidad en el comportamiento. De otra forma no se entiende que tus amigos hayamos guardado tus notas, tus casi poemas, tus noticias emparentadas con el culto a las pastoras y la pesca en el río.

Querido Ángel fuiste, desde siempre, una premonición incluso cuando proclamabas las ventajas de un alemán que mataba indios sobre la figura ecuménica de Sandokán.

Creo que es todo lo que puedo aportar sobre ti al homenaje que te hace la revista *Litoral*.

Por otra parte tú eres uno de mis temas recurrentes y si en *Litoral* hay gente con un espíritu investigador pueden encontrarte entre mis libros de recuerdos.

Le pedí a Mari Carmen que te escribiera una nota en la que queden más aclaradas las razones profundas de tu poema.

La nota es la siguiente:

Querido Ángel:

De nuevo leo hoy el, tantas veces ya leído poema en el que aparezco con calcetines blancos.

Creo que puede resultar interesante para los insaciables estudiosos del fenómeno poético esta aclaración.

«No sé porque me ha conmovido tanto...»

Lo que sí yo sé es que lo que te conmovió no fueron tanto mis calcetines blancos como lo que Paco Ignacio debió contarte en una carta y yo aquí te cuento.

El día 5 de enero de 1936 mi padre y mi madre salen junto conmigo a comprarme el regalo de Reyes en una tienda llamada El Arca de Noé donde había pocas cosas a elegir. Lo que escogí fue un estuche amarillo con avalorios de colores para hacer collares.

Esa misma noche mi padre embarcó en el «José María Martínez» y en la madrugada van a reconocer unas manchas de aceite y chocan con un Destroyer inglés. Nunca más volví a ver a mi padre.

Sin embargo, recuerdo con mucha angustia que durante casi un mes mis tías y mi madre iban a reconocer los cadáveres para ver si encontraban alguna pieza que pudiera identificar a mi padre. Jamás lo encontraron.

Al final con la victoria de Franco mi madre me llevó a vivir a un pueblecito asturiano pesquero llamado Tazones. Allí la denunció el cura del pueblo y la condenaron a cortarle el pelo a rape. Yo recuerdo que recogí en mi delantal blanco el pelo que le habían cortado a mi madre.

Duramos muy poco tiempo viviendo en Tazones porque matan a mi tío Eulogio y a sus dos hijos que eran los que nos habían llevado a vivir allí.

Recuerdo que cuando se anunció que llegaban las tropas moras yo viví con mi mamá en una cueva.

En cuanto a la historia de los calcetines blancos te diré que en 1938 Paco Ignacio me conoció jugando el cascayo frente al instituto Jovellanos y nos hacemos novios cuatro años después.

Las niñas usaban calcetines blancos hasta los 15 años y de allí pasábamos a las media sport para luego usar medias de nylon.

Mis primeras medias de nylon me las regala Paco que trajo de los Estados Unidos un amigo suyo.

Todo esto paso a tu conocimiento gracias a que mi marido es un entusiasta de la palabra escrita, pero sólo sabiendo todas estas minucias se puede comprender bien el poema que tuviste que escribir en 1943 cuando yo tenía 15 años, tú 18 y Paco Ignacio 19.

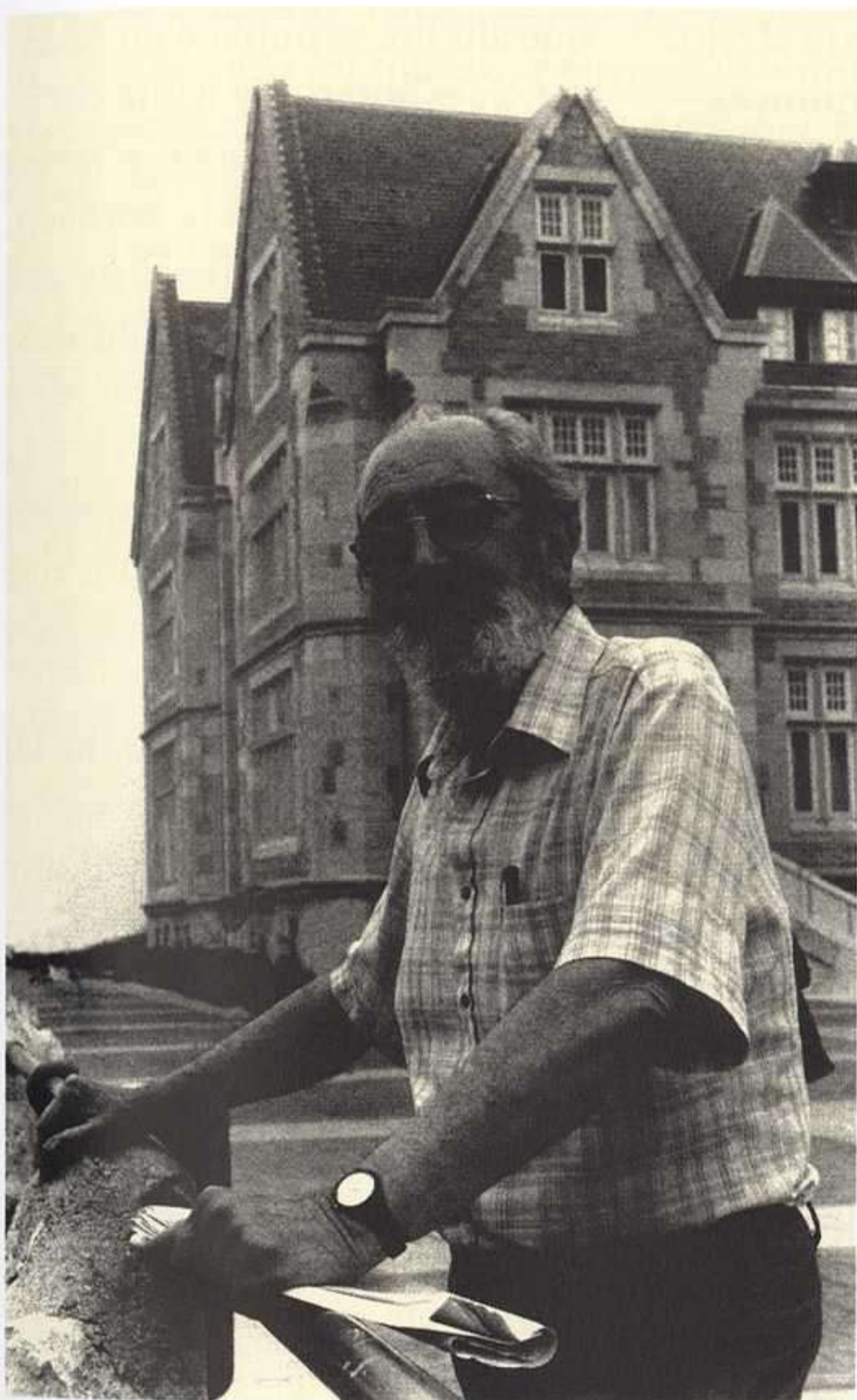
Te mando un beso y una copia del poema.

«No sé por qué me ha conmovido tanto la historia de tu novia con calcetines blancos.»



Ángel González, recuerdos y celebraciones

LUIS ANTONIO DE VILLENA



Ángel González en el Palacio de la Magdalena, Santander

Aunque es muy posible que nos hubiésemos visto antes alguna vez —las famosas noches de tertulia y alcohol en Oliver— conocí a Ángel González, en 1976, porque había él quedado (creo recordar) con Carlos Bousoño y Paco Brines, a quienes yo veía con total asiduidad entonces, para darles un ejemplar de su libro *Muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* publicado meses antes por Ediciones Turner. Como yo era entonces superficialmente *snob*, aristocratizante y mundano —aunque mi poesía iba ya por otros rumbos— se me tenía aún (como a tantos colegas) por veneciano o novísimo. Por eso observo vivo aquel juego de aristocracias con que gustaba presentarme Bousoño —nos reíamos y disfrutábamos— en

la dedicatoria que Ángel me escribió en el susodicho libro (téngase en cuenta que tenía yo, apenas 25 años): *Para el señor de Villena, con un abrazo de Ángel. Madrid, diciembre, 76.*

Había probablemente la común simpatía de los amigos comunes, pero Ángel y yo —por entonces— nos conocíamos muy poco. Quizá fuera más grave — lógicamente— que yo le conociese poco a él.

.

La idea que mi generación tenía —antes de *Muestra de...*— de Ángel González respondía a cierto cliché (fruto, entre otras cosas, de una lectura deficitaria y rápida) existente sobre muchos poetas de la postguerra: poetas realistas, cercanos a la *poesía social*, ergo poco o muy poco interesantes. El sarampión *novísimo* (necesario en su corto momento) ya se había pasado en teoría por la fecha que digo (diciembre de 1976) pero las cosas aún no se habían puesto, ni mucho menos, en el lugar que hoy ocupan. Desde hacía dos años yo estaba rele-yendo —o leyendo— a los *poetas del 50* con interés renovado (Gil de Biedma y Brines, especialmente) pero los seguía viendo como amigos mayores, no como *maestros*. Los veía muy cercanos —borrachos, ligando, peleando en el día a día— como para aplicarles sólo un mero baremo literario. Y Ángel González (que vivía en Estados Unidos, y solo venía a España —salvo viajes excepcionales— en verano) era visto —hasta *Muestra...*— como uno de los más recalcitrantes en aquel viejo estilo. No era ni la mitad de famoso o jaleado que es hoy, pero tampoco era entonces un mito Jaime Gil de Biedma, quizás el mejor visto aquel tiempo (sin exageración) por los jóvenes. Y es que, pese a todo, flotaba aún en el aire poético la animadversión de Ángel hacia los *novísimos*. La asonada *novísimo/veneciana* no había gustado a ninguno de los poetas más característicos del 50 (diría, incluso, que no les había gustado nada) pero quizá Ángel fue el que lo expresó más claramente, verbal y por escrito. Su admirado Antonio Machado —como recordará el propio Ángel en su discurso de ingreso en la Academia, *Las otras soledades de Antonio Machado*, de 1997— se había opuesto al modernismo extremo y a las vanguardias *deshumanizadas*; quizá por

ello, con similar espíritu, Ángel quiso expresar su disidencia con una poética en la que no creía. Aunque el poema a que aludiré se publicó en *Muestra...*, es anterior y había circulado antes. *Venecianos y metapoéticos* (una segunda hornada, muy breve, de inicio de esa generación) quedan aludidos, con sátira, a la contra, en *Oda a los nuevos bardos* que tras la burla cultista —pero también política y humana— concluye en parodia: *Pesados terciopelos sus éxtasis sofocan.*

A mi todo eso, cuando leí *Muestras...* y releí *Palabra sobre palabra*, me importaba ya muy poco. Juan García Hortelano se complacía, entre amigos, en contar la anécdota de que cuando Ángel González llegó en los años 50 a Barcelona, aquel grupo —embrión de su generación— lo tomó por un policía (pese a las credenciales telefónicas de Aleixandre) antes de convertirlo en parte y amigo grande del grupo. Ángel era funcionario de un Ministerio y, probablemente, sus hechuras se resentían. Pero también eso estaba lejos, pues desde 1970, Ángel González era profesor en universidades americanas (la de Albuquerque, New México, será la definitiva) y también su aspecto, sus aires, habían cambiado. El Ángel que yo conocí (acompañado de jóvenes y guapas mujeres) era un hombre distinguido, con aires de sabio,

mundano y muy viajado. Así sigue siendo hoy Ángel González (la edad le mejora) sin que, naturalmente, haya perdido, ese tono en el *buen sentido de la palabra bueno*, al que Emilio Alarcos, que fue su amigo, se refirió, atinadamente, como *un franciscano agnóstico*. En el verano de 1978 (entonces, me regaló la última edición de su poesía reunida, *Palabra sobre palabra*, y la dedicatoria está ya en sintonía cercana) recuerdo haber tratado con bastante frecuencia a Ángel. De noche, sobre todo, pero guardo el recuerdo de una comida, mano a mano, en el *Café Latino* —entonces un lugar recién abierto— hablando apasionadamente del *lolitismo*, desde Nabokov hasta lo real. Desde entonces —por rachas; en viajes, en el Madrid noctámbulo, con antiguos y nuevos amigos— mi amistad y admiración por Ángel —por su cordialidad, por su bonhomía, por su excelente estar humano— no han variado.

Sus libros últimos fueron, acaso, más secos, más incisivos, bajo el aparente chiste, frecuentemente más duros, pero —como también dijo Alarcos Llorach— *no hay solución de continuidad entre los dos periodos* (de la poesía de AG), *antes y después de 1970*.

Si quizá su primer periodo parece hoy más entrañable, más directamente *humanista*, con ese espléndido libro que es *Tratado de urbanismo* —1967— (el libro de Ángel que íntimamente sigo prefiriendo) en su segundo periodo, a partir de *Breves acotaciones para una biografía* —1971— los recursos estilísticos y retóricos —naturalmente existentes antes— se evidencian y chillan, quizás para decir, soterradamente a los jovenzanos, que él también sabe, también puede ser —y es— un *artifex*, pero además (más allá de lo que asimismo hizo Gil de Biedma) para acentuar su lúcido escepticismo con las



sonerías de los retruécanos, el tilín de la ironía, el soniquete que voluntariamente ríe, y la contención prosística (*prosemas*) de lo que, sin todo eso, hubiera parecido desnuda efusión lírica. De esta etapa sigo prefiriendo, en general, *Muestra, corregida y aumentada, de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* (1977) aunque el tono lírico, sobrio pero eficaz, a veces muy bello, alcanzado en el reciente *Otoños y otras luces* (2001) que (de alguna manera muy distinta) nos devuelve al Ángel González más clásico y propio, entre *Tratado de urbanismo* y *Áspero mundo*, me vuelva a una consideración que se unifica.

• • • •

Por lo demás Ángel González es hoy un emblema, poético y humano, para muchos poetas de la *Generación del 80* que ven en él ese paradigma de poeta cívico, hombre normal, amistoso, tolerante y —por qué no— esencialmente de izquierdas que muchos de ellos han reclamado desde su —hoy— lejana etapa neófita. Es verdad que, en la recuperación —en la encumbración a la clasicidad— de los poetas de la *Generación del 50*, Jaime Gil de Biedma fue el primer aupado y el primer jefe. Quizás lo siga siendo, pero Jaime murió en

enero de 1990, y hoy su figura real se aleja —y mucho— mientras el mito crece. Francisco Brines busca más la soledad, parece; y Claudio Rodríguez o Valente (ya fallecidos asimismo) nunca tuvieron ese carisma de líder generacional. Claudio porque le era ajeno a su persona —pese a su mucho éxito último— y Valente, aparte su calidad de poeta, porque fue siempre sesgado en exceso para con quienes no le seguían. Ángel González es hoy el poeta-emblema de esa generación, de postguerra decían aún, que los de mi edad conocimos entre copas y bares, por la noche (tan bien contada por Ángel con nostalgia, en el poema —por ejemplo— *Oda a la noche o letra para tango*) la misma noche constante en la que Ángel, tardísimo y feliz, terminaba cantando canciones mexicanas o asturianas con una voz honda que yo llamaba para mí *voz minera*. Ese Ángel González, académico sin aires de Academia, es hoy uno de los poetas emblemáticos de mucha juventud que sabe sus poemas, quiere sus libros, y propende —si le conoce o trata— a decirle, como sus paisanos, *Angelín*. Quizá el camino haya sido largo, siempre entretenido y a ratos (muchos para su generación) oprobioso, pero Ángel González, poeta, buen estudiante de la poesía, hombre cordial y amigo, cercano siempre a

la realidad y a la vida, es decir, a los humildes, está hoy donde debe. Es un gran poeta cercano, un gran poeta de la cordialidad absoluta. Como dijo en *Camposanto en Colliure* (de *Grado elemental*, 1962) —siempre Antonio Machado cerca— *Aquí paz / y después gloria*. Pero sin ironía ya, por fortuna.

Quizás entonces mejor: *Aquí paz y también gloria*. La que merece el justo, la que merece —y en el poeta más— la historia respetada y la obra bien hecha. Aunque sean *ilusos los Ulises*. Las Ítacas existen. Ángel González ha dado espléndido testimonio de ello.

